

IRIARTE, TOMÁS DE (1750- 1791)

ANACREÓNTICAS

ÍNDICE

I

Viéndome Cupido

II

Cuando la tierra fría

III

Algún día, Lisarda

IV

La ocasión de obsequiarte divisé

V

Para que mi alma sane de la herida

VI

Con motivo de otra que un poeta había escrito a una dama muy aficionada a dos pájaros canarios.

VII

Anacreóntica a la primavera

I

Viéndome Cupido

Viéndome Cupido
estar padeciendo
por la bella Orminta
sin fruto, sin premio,
compasivo quiso,
por extraño medio,
aliviar mis penas
un breve momento.

Cuando al sueño daba
mis cansados miembros,
a una falsa imagen
debí algún consuelo.

Soñé que mi esquivo,
que mi hermoso dueño,
el dueño a quien siempre
querré, quise y quiero,
no era de mil gracias
perfecto modelo,
ni en él advertía
belleza ni ingenio.

Soñé que aquel rostro,
que fue mi embeleso,
sonrosado no era,
ni rubio el cabello.
Soñé que sus labios
no eran tan bermejós,
ni sus garzos ojos
grandes y despiertos;
que no era su risa,
la risa de Venus,
ni el eco de su habla
grato y halagüeño.

Soñé que en el baile
sus pies no eran diestros,
que en nada tenían
sus manos acierto,
que no era su talle
noble y bien dispuesto,
ni su andar airoso,
ni su trato ameno.

«¡Qué! (dije), ¿y es ésta
la que estoy queriendo?
Olvidarla es fácil
y amarla era yerro.»
Al amor tirano
despido contento;
aplaudivo mi dicha,
y entonces despierto.

Mi engaño conozco,

Ormintá, y ya quedo
bien escarmentado
de creer en sueños.

II

Cuando la tierra fría

Cuando la tierra fría
dé hospedaje a mi cuerpo,
¿qué servirá que deje
acá renombre eterno,
que me erija un amigo
sepulcral monumento,
que me escriba la vida,
que publique mis versos,
que damas y galanes,
niños, mozos y viejos
me lean, y me lloren
mis parientes y afectos?

Esta fama, esta gloria,
a que aspiran mil necios,
no me da, mientras vivo,
vanidad ni consuelo.
No quiero yo otra fama,
otra gloria no quiero,
sino que se oiga en boca
de niños, mozos, viejos,
de damas y galanes,
de parientes y afectos:
«Este hombre quiso a Laura,
y Laura es quien le ha muerto.»

III

Algún día, Lisarda

Algún día, Lisarda,
tuve, si bien me acuerdo,
cinco sentidos míos;
mas ya ninguno encuentro.
Los gustos que solía
recibir yo por ellos,

ni me parecen gustos,
ni aun creo que los siento.
Cinco eran bien cabales.

Responde: ¿Qué se han hecho?

Tú me los has robado;
oye de qué lo infiero.
A mi vista agradables
eran en otro tiempo
lo frondoso de un bosque,
lo florido de un huerto,
la hermosa perspectiva
de los azules cerros,
las fértiles llanuras
y el estrellado cielo.

No es ya para mis ojos
deleite nada de esto,
que sólo se deleitan
en ver los de su dueño.
¡Cuántas veces colmaron
mi oído de contento
con alternadas glosas,
con trinos y gorjeos,
al perenne susurro
de un arroyuelo inquieto,
entre las altas ramas,
los músicos jilgueros!

Mas ya, Lisarda mía,
sólo a tu voz atiendo,
cuando con una gracia,
cuando con un acento
que en el alma se interna,
que excita mil afectos,
dejas en mí indeleble
la impresión de tus ecos.

Delicias del olfato
en algún tiempo fueron
el jazmín y la rosa,
el florido romero.
Ya el olor de las flores
no me causa recreo,
cuando no huelo aquellas

que adornaron tu seno,
aquellas que tú misma
con semblante halagüeño
permities que a mi mano
pasen desde tu pecho.

Regalábase el gusto
bajo un parral espeso,
con el fruto pendiente
de los verdes sarmientos.
Ya en verano saciaba
el paladar su anhelo
con la fresa cogida
del húmedo terreno,
o ya le recreaba
en el rígido invierno
el jugo que las uvas
sazonadas rindieron.

Ningún manjar sabroso
hoy, Lisarda, apetezco,
sino aquellas finezas
que de tu mano obtengo.
Ni el licor que da Baco
ya con deleite pruebo
sino en el mismo vidrio
en que tu labio has puesto.

En fin, Lisarda hermosa,
por que veas si es cierto
que ni un sentido sano
has dejado en mi cuerpo,
ya mi tacto, que nunca
fue embotado ni lento,
para tu sexo todo
insensible se ha vuelto.
Sólo cuando tu mano
con los hoyosos dedos...
Mas ¿qué digo? Perdona,
que me engañó el deseo.

IV

La ocasión de obsequiarte divisé

La ocasión de obsequiarte divisé
muy lejos; bien digo yo que nunca
tuve en amor acierto. Caérsete,
señora, el abanico al suelo; hallarse
uno bien cerca, y echarse a tus pies
luego; levantarle y ponerle con
gozo y rendimiento en esas bellas
manos, valiendo algo el pretexto, es
dicha para alguno que en amor
tenga acierto; no para mí que en
todo fatal suerte padezco, pues ni
estuve tan cerca, ni me eché a tus
pies luego, ni alzar el abanico
permitió el breve tiempo, ni le puse
en tus manos, ni me valió el
pretexto. Bien digo yo que nunca
tuve en amor acierto.

V

Para que mi alma sane de la herida

Para que mi alma sane de la herida
que en ella hizo el traidor Cupido
con penetrante flecha,
tú, que mi amor no entiendes,
me recetas la ausencia,
y el cómo he de ausentarme
es lo que no recetas.
Yo, que hallar no confío
alivio en mi dolencia,
temo que mi tormento
más con la ausencia crezca.
¿Iré acaso a una quinta,
iré a una bella aldea,
en que ostente sus dones
la fresca primavera?

Sí; pero allí los valles,
los huertos, las riberas,
los prados, los arroyos
y las frondosas vegas
serán fieles testigos
de mil raras tristezas,
unas que llevo, y otras

que, si allá voy, me esperan.

En la arena del río,
en las verdes cortezas
escribiré aquel nombre
que hoy olvidar quisiera;
repitiéndole siempre
el eco de las selvas,
hará que mi tormento
más con la ausencia crezca.

Querrás que me acompañen
libros de ingenio y ciencia,
que en el discurso alivien
lo que el corazón pena.
Sí; pero nada es fácil
que yo, infelice, lea
sino amorosos versos
de algún tierno poeta;
y entonces los cariños,
las dulzuras, las quejas
harán que mi tormento
más con la ausencia crezca.

¿Recurriré al deleite
que en sonoras cadencias
la música divina
al oído franquea?
Sí; pero en cada acento
que despidan las cuerdas
se oirá el llanto mío,
que ablandará las piedras,
y los pausados tonos
de la armonía tierna
harán que mi tormento
más con la ausencia crezca.

Ausencia es un castigo
a que Amor nos condena;
si amor me le enviare,
en hora buena venga;
mas no quiero yo mismo
imponerme esta pena
para que mi tormento
más con la ausencia crezca.

VI

Con motivo de otra que un poeta había escrito a una dama muy aficionada a dos pájaros canarios

Las inocentes aves
que halagas y sustentas,
cuantos cariños logran,
tantos celos despiertan.
Islas Afortunadas
llaman la patria de ellas,
y tú las haces dignas
del nombre de su tierra.
No es mucho que un amante
que sabe, hermosa Celia,
lo que valen tus gracias

Y tus caricias tiernas,
envidie los favores
que tan ingrata niegas
a quien más los merece
porque más los aprecia.
No es mucho si otras aves
que la fama celebra
quisieran ser canarios
sólo por ser de Celia.

Aquel hermoso cisne
bajo cuya apariencia
Júpiter mismo quiso
enamorar a Leda;
las palomas que a Venus
por los aires pasean,
desde Amatunte a Pafos,
desde Chipre a Citera;
el águila que a Jove
el sacro rayo lleva,
y el pavón a quien Juno
honra con preferencia,
lo renunciaran todo
por gozar tus finezas;
que en deleite ganaran
Y en honor no perdieran.

Crezcan tus pajarillos,

y su música exceda
a la música varia
de suave Filomena.
Lo que en amor te deben,
lo que en halago y fiestas,
te paguen en aplausos
de sonora cadencia.
Paguen, sí, como suelen
los sensibles poetas,
en acentos de Apolo
de Cupido las deudas.

Mas ¡ay, que el canto ronco
de mi musa, no diestra,
en vano a sus gorjeos
hoy compararse intenta!
Ellos sí que merecen
que afable los atiendas;
ellos, y el cantor dulce
que envidió tus ternezas.

Paréceme que escucho
de su lira en las cuerdas
imitados los ecos
del verso, en que pondera
el latino Catulo
las gracias y excelencias
del pájaro pulido
delicias de su Lesbia.

Un poeta elegante
Celia obtuvo como ella,
y aunque a sus dos canarios
él tanta envidia tenga,
yo mucho más le envidio
la dichosa licencia
de ser nuevo Catulo
de aquesta Lesbia nueva.

VII

Anacreónica a la primavera

Mira cómo los campos
se visten de verdor,
el árbol brota tallos,
el diestro ruiseñor
con caprichoso canto
alegra al labrador
que hace fértil el suelo
a costa de sudor.

Éste, Silvia, es el tiempo,
el tiempo del amor.
No temen los arroyos
que del hielo el rigor
aprisione su curso
ni le agote el calor.
La mariposa el jugo
exprime de la flor,
la abeja con anhelo
se aplica a su labor.

Éste, Silvia, es el tiempo,
el tiempo del amor.
Saluda al verde Mayo
el festivo pastor,
que sus hatos al campo
saca desde el albor,
mira con regocijo
pacer al balador
carnero, al bravo toro
y al chivo trepador.

Éste, Silvia, es el tiempo,
el tiempo del amor.